

Antropología Experimental<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2025. nº 25. Texto 10: 131-142

Monográfico: Violencias etnográficas

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://10.17561/rae.v25.10013>

Recibido: 01-03-2025 Admitido: 25-07-2025

Inseguridad y violencia. Práctica etnográfica en la frontera México/Estados Unidos**Insecurity and violence. Ethnographic practice on the Mexico/EEUU border****Domila do Prado PAZZINI**

Universidade Estadual de Campinas (Brasil)

domilapazzini@gmail.com

Resumen

La etnografía, una etapa importante de la investigación, es, de manera general y simplificada, donde nos conectamos con un grupo específico para poder comprender su dinámica interna. Entre los años 2018 y 2020, realicé un trabajo de campo etnográfico en la ciudad de Tijuana, en la frontera norte de México, que limita con Estados Unidos. El estudio se centró en la movilidad haitiana, vivenciando el día a día de los haitianos que, tras salir de Brasil y cruzar toda América Latina con destino a Estados Unidos, acabaron retenidos en Tijuana debido a los obstáculos burocráticos y las políticas migratorias. Durante los nueve meses de trabajo de campo ocurrieron muchas cosas; trabajé intensamente no solo con haitianos, sino también con otros grupos de migrantes en distintos contextos. La investigación etnográfica me atrajo intensamente a estas realidades, subvirtiendo mis expectativas iniciales y revelando el impacto emocional de lidiar con historias de supervivencia e injusticias migratorias. Además, la investigación me hizo comprender la importancia de reflexionar sobre el cuerpo del investigador en el campo, en mi caso una mujer brasileña. Aunque existen numerosos estudios sobre el papel del investigador en la investigación etnográfica, este texto destaca un aspecto poco abordado en la etnografía: la inseguridad, y las violencias físicas y sexuales que atraviesan el trabajo de campo, especialmente para las mujeres, y la necesidad de transformar esas experiencias en conocimiento crítico.

Abstract

Ethnography, an important stage of research, is generally and simply where we connect with a specific group to understand its internal dynamics. Between 2018 and 2020, I conducted ethnographic fieldwork in the city of Tijuana, on Mexico's northern border with the United States. The study focused on Haitian mobility, experiencing the daily lives of Haitians who, after leaving Brazil and crossing all Latin America toward the United States, ended up stuck in Tijuana due to bureaucratic obstacles and migration policies. Many things happened during the nine months of fieldwork. I worked intensively not only with Haitians but also with other migrant groups in different contexts. Ethnographic research drew me deeply into these realities, overturning my initial expectations and revealing the emotional impact of dealing with stories of survival and migratory injustices. Moreover, the research led me to reflect on the importance of considering the researcher's body in the field (in my case, that of a Brazilian woman). Although many studies address the role of the researcher in ethnographic research, this text highlights an underexplored aspect in ethnography: insecurity, and the physical and sexual violence that permeate fieldwork, especially for women, and the need to transform these experiences into critical knowledge.

Palabras

Etnografía. Violencia. Inseguridad. Violencia sexual

Clave

Ethnography. Violence. Insecurity. Sexual violence

Introducción

Entre 2018 y 2020, llevé a cabo una investigación etnográfica en la ciudad de Tijuana, situada en la frontera norte entre México y Estados Unidos. El estudio se enfocó en la movilidad haitiana, siguiendo la vida cotidiana de migrantes que, tras partir de Brasil en 2016 y recorrer el “camino” –es decir, rutas complejas a través de varios países latinoamericanos– quedaron varados en Tijuana debido a las crecientes restricciones migratorias y a los obstáculos burocráticos. Este proceso dio lugar a diversas estrategias de supervivencia e integración social en un territorio que, inicialmente, era solo un punto de tránsito. Con el tiempo, se consolidó una comunidad haitiana en la ciudad, caracterizada por la creación de redes de apoyo, servicios y formas de sociabilidad tales como restaurantes, salones de belleza, iglesias, bandas de música y programas de radio.

Mediante un enfoque etnográfico, busqué profundizar en las experiencias de mis interlocutores, con el objetivo de construir una comprensión situada de las dinámicas de movilidad, resistencia y vulnerabilidad en el contexto de la frontera entre México y Estados Unidos. Además del trabajo realizado con la comunidad haitiana como parte de mi investigación doctoral, también colaboré como voluntaria en varias organizaciones de la sociedad civil, lo que me permitió interactuar con otros grupos migrantes presentes en la ciudad y ampliar el alcance empírico de la investigación.

Aunque la etnografía privilegia la presencia en el campo y la construcción de vínculos con los interlocutores como elementos centrales en la producción de conocimiento, este texto propone desplazar el foco analítico hacia un aspecto aún poco debatido en las reflexiones metodológicas: las violencias –físicas, simbólicas y sexuales– y los sentimientos de inseguridad vividos durante el trabajo de campo, especialmente por investigadoras mujeres. Reconocer y analizar estas experiencias no es solo una exigencia ética, sino un movimiento epistemológico necesario para repensar críticamente las prácticas etnográficas y sus implicaciones en la constitución del saber antropológico.

Este capítulo tiene, por lo tanto, como objetivo reflexionar críticamente sobre cómo las situaciones de riesgo, miedo y vulnerabilidad atraviesan la práctica etnográfica, afectando el cuerpo de la investigadora e impactando directamente el proceso de investigación. A partir de la experiencia empírica vivida en Tijuana, propongo contribuir al debate contemporáneo sobre la centralidad del cuerpo, las emociones y el cuidado en el trabajo de campo, argumentando a favor de la necesidad de incorporar la dimensión del riesgo como un elemento constitutivo –y no colateral– de la metodología etnográfica.

La etnografía y la posición de la investigadora

“En una situación de campo, el simple hecho de ser una antropóloga mujer soltera realizando su propio trabajo puede representar una provocación intolerable para algunos individuos. Sabiendo de los riesgos enfrentados por las investigadoras de campo, resulta sorprendente que la literatura antropológica esté casi desprovista de referencias a la violencia sexual sufrida por antropólogas. (Moreno, 2018: 236)

Mi trayectoria en la etnografía comenzó aún durante la licenciatura, en 2010, cuando, en el segundo año del curso, empecé a frecuentar casas de prostitución en una ciudad del interior de São Paulo para realizar trabajo de campo con trabajadoras sexuales y sus clientes. Durante seis años, esa fue la temática central de mi investigación. Aunque la entrada al campo era incentivada en el ámbito académico –incluso como forma de experimentar la inmersión etnográfica–, poco se discutía, en las aulas y en los grupos de investigación, sobre los impactos subjetivos que el campo provoca en la investigadora. Cuestiones relacionadas con el cuerpo, el miedo, el pudor y los límites de la exposición rara vez eran tematizadas. Situaciones marcadas por tensiones de género y abordajes invasivos eran frecuentemente naturalizadas o silenciadas –por nosotras mismas– como si fuesen parte inevitable de la etnografía y, por lo tanto, no merecieran ser problematizadas.

Esta omisión contrasta con el reconocimiento creciente, en las ciencias sociales, de la importancia de escuchar y visibilizar las experiencias de sufrimiento y violencia de los sujetos de investigación. Trabajos

como los de Grace Cho (2008), al abordar los silencios intergeneracionales relacionados con la guerra, la migración y la experiencia de su madre coreana en Estados Unidos, han contribuido a revelar las violencias que operan a través de lo no dicho. Sin embargo, poco se discute sobre los silencios de las propias investigadoras –silencios sobre las violencias vividas en el campo, sobre el miedo, la vergüenza y el dolor– que atraviesan nuestras trayectorias. Si reconocemos la centralidad de escuchar e interpretar los silencios ajenos como parte del proceso de producción de conocimiento, es urgente volver esa mirada también hacia nosotras mismas y hacia aquello que callamos, ya sea por temor a la deslegitimación académica o por la ausencia de espacios institucionales que acojan tales narrativas.

La etnografía es tradicionalmente una metodología que busca una inmersión profunda en la cultura y las prácticas de grupos sociales. El papel del investigador en el campo no se limita a ser un observador neutral, sino que es parte integrante de la construcción del conocimiento. Desde la década de 1980, las influencias del feminismo, el posestructuralismo y los estudios de género han impulsado críticas al racionalismo cartesiano en las ciencias sociales (Larrea-Killinger y Pérez Galán, 2021). En la antropología, este "giro emocional" cuestionó el ideal de objetividad de la etnografía clásica, revelando cómo la supresión de las emociones y del cuerpo también refuerza jerarquías de género y epistemológicas. Autoras feministas comenzaron a destacar el papel del sufrimiento, la vulnerabilidad y las emociones como dimensiones constitutivas de la producción de conocimiento, proponiendo una comprensión del pensamiento como experiencia corporizada. A pesar de los avances, estos debates aún enfrentan resistencia en los espacios académicos, donde se sigue privilegiando la razón desvinculada del cuerpo.

Veena Das (2007), al abordar las vulnerabilidades en el trabajo de campo, enfatiza la necesidad de integrar el cuerpo de la investigadora en los análisis etnográficos, considerando las relaciones de poder y las dinámicas de violencia que atraviesan la práctica etnográfica, especialmente en contextos de conflicto o violencia extrema. La autora propone que la violencia vivida por los sujetos de investigación a menudo refleja o impacta directamente la experiencia del investigador/a, destacando el papel central del cuerpo en la etnografía, no solo como objeto de observación, sino como participante activo en la construcción de la narrativa de campo.

Esta perspectiva ha sido profundizada por enfoques contemporáneos que discuten el campo como un espacio de riesgos, especialmente en contextos marcados por la violencia. Hernández Castillo (2021; contribución autora en este monográfico), al analizar etnografías realizadas en regiones de violencia extrema en México, llama la atención sobre los riesgos físicos y emocionales que atraviesan el trabajo de campo, afectando la integridad y el bienestar de las investigadoras. En sus estudios, la autora evidencia que ignorar estas dimensiones no solo debilita la seguridad de los sujetos en el campo, sino que también invisibiliza las desigualdades estructurales de género, raza y clase que moldean la experiencia del etnógrafo/a. Al no reconocer estas dimensiones de vulnerabilidad, los investigadores no solo comprometen su propia seguridad, sino que también oscurecen las complejas relaciones de poder que marcan la dinámica del campo.

En este contexto, al trabajar en ambientes de violencia –como en el caso de mi investigación en Tijuana–, la investigadora se ve forzada a reconocer su propia vulnerabilidad. La inseguridad en el campo puede ser invisible o silenciada dentro de las metodologías tradicionales, como argumentan Shulist y Muilla (2022), al discutir cómo la violencia sexual y otras formas de agresión han sido sistemáticamente minimizadas o excluidas de las discusiones antropológicas. Las autoras señalan que, con frecuencia, la violencia en el campo se comprende como un problema del "otro" –el sujeto de la investigación– mientras que el/la antropólogo/a sigue siendo concebido/a como un observador/a inmune a las relaciones de poder que analiza. Ellas proponen, en oposición a esta lógica, un cambio de perspectiva que reconozca que las dinámicas de poder y vulnerabilidad atraviesan tanto a los sujetos de estudio como a los/as investigadores/as; de este modo, la escritura emerge como una herramienta de resistencia.

Gloria Anzaldúa (2002), al reflexionar sobre la producción de conocimiento desde la frontera –física, simbólica y corporal–, propone que escribir "desde la herida" es una forma de transformar el trauma en agencia. Para ella, la escritura no solo denuncia, sino que también cura: reorganiza el dolor, da nombre a la experiencia y permite elaborar saber a partir de ella. Incorporar esta perspectiva en la práctica etnográfica exige reconocer que el campo no se construye solo desde la escucha y la observación, sino también desde el sufrimiento vivido y narrado por la propia investigadora.

En este sentido, escribir sobre experiencias de miedo, inseguridad y dolor no es solo un acto político, sino también epistemológico, pues rompe con el silencio institucional y metodológico que aún rodea la violencia en el campo. Por lo tanto, la etnografía no puede ser comprendida como una práctica exenta de riesgos. Al contrario, debe ser abordada desde una perspectiva que reconozca las relaciones de poder entre investigador/a e investigados/as, teniendo en cuenta las vulnerabilidades y los desafíos específicos que enfrentan las mujeres en contextos de violencia e inseguridad.

Contexto empírico: la movilidad haitiana en Tijuana

A finales de 2016, la prensa mexicana comenzó a reportar la llegada de haitianos al norte del país, en particular a la ciudad de Tijuana. La mayoría de estos migrantes residían en Brasil y, tras cruzar varios países latinoamericanos, llegaron a la frontera con el objetivo de ingresar a Estados Unidos. Los informes indicaban que muchos de ellos habían perdido sus empleos tras la finalización de las obras de construcción relacionadas con el Mundial de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016. Sin embargo, esta explicación, centrada en los eventos deportivos, es insuficiente para abarcar la complejidad de los factores que motivaron la migración haitiana durante ese período.

Aunque no todos compartían inicialmente el plan de seguir hacia Estados Unidos, las crecientes dificultades económicas enfrentadas en Brasil impulsaron a gran parte de estos migrantes a buscar alternativas en el norte del continente. En Tijuana, este flujo migratorio cobró intensidad y, en 2016, los haitianos representaban más del 80% de la población migrante de la ciudad. Se estima que, ese año, más de 5.000 haitianos intentaron entrar a Estados Unidos sin visa, según datos del gobierno estadounidense (Alarcón, 2017). Por su parte, según el Instituto Nacional de Migración (INM) de México, hasta abril de 2017 aproximadamente 3,400 haitianos se encontraban en el estado de Baja California, de los cuales el 75% vivían en Tijuana y el 25% en Mexicali. De ellos, 1,274 habían iniciado el proceso de regularización migratoria, y 609 ya poseían visa por razones humanitarias (Paris, 2018).

Mi inserción en el campo comenzó en enero de 2018, cuando pasé más de tres meses en Tijuana realizando trabajo de campo intensivo. En ese momento, mi permanencia dependía de la obtención de financiamiento, lo cual se confirmó solo un día antes de mi regreso a Brasil, con la aprobación de una beca por parte de FAPESP. Esto me permitió regresar a la ciudad en dos nuevos períodos: de julio a septiembre de 2018 y de noviembre de 2019 a enero de 2020, totalizando nueve meses de trabajo de campo en Tijuana, además de seis meses cursando asignaturas en la Ciudad de México.

Desde la preparación de la investigación, los problemas de seguridad fueron una preocupación constante. Las advertencias sobre los riesgos de ser mujer y viajar sola, escuchadas tanto en Brasil como en México, pronto se confirmaron como parte de las tensiones del trabajo de campo. Sin embargo, en ese momento, aún no consideraba que estas preocupaciones requerían una reflexión metodológica. Ser mujer, estar sola y realizar investigación de campo en un contexto de violencia parecía, paradójicamente, algo "naturalizado" en la carrera académica. Fue solo con el tiempo y la experiencia que comencé a comprender estas experiencias como parte inseparable de la etnografía y, por lo tanto, dignas de análisis.

Al llegar a Tijuana, la presencia concreta de la frontera se impuso de inmediato: el muro de cemento y alambre de púas, la patrulla constante de helicópteros y la vigilancia militarizada dibujaban el escenario cotidiano. Durante el trayecto en Uber hacia mi residencia, observé las cruces de madera clavadas a lo largo del muro en memoria de quienes habían muerto intentando cruzarlo. En conversación con el conductor, quien se mostró sorprendido por mi estadía en la Ciudad de México, escuché que, aunque violenta, Tijuana era, para él, menos peligrosa que la capital. Me alertó sobre áreas que debían evitarse, especialmente por la noche. A partir de ese momento, la atención a mis desplazamientos y el autocuidado se convirtieron en elementos centrales de mi rutina.

Gran parte de mi trabajo de campo se concentró en dos espacios clave para la comunidad haitiana: el restaurante de un migrante haitiano y la organización Espacio Migrante. Generalmente pasaba las mañanas en el restaurante, almorzaba allí y luego me dirigía a Espacio Migrante¹. Los domingos asistía a

¹ Espacio Migrante es una organización comunitaria transfronteriza con sede en Tijuana, que trabaja con las comunidades de migrantes para promover el acceso a los Derechos Humanos, como la educación y la salud; brindar atención integral y al mismo tiempo sensibilizar a la comunidad sobre las realidades de las personas migrantes. Espacio Migrante cuenta con un albergue para familias migrantes, así como un centro cultural y comunitario donde las personas migrantes que viven en Tijuana pueden participar en actividades comunitarias, programas educativos, eventos culturales y servicios legales y de salud.

misas, algunas veces en el centro de la ciudad con la comunidad haitiana, otras en la misa binacional (con pastores de San Diego y Tijuana) celebrada junto al muro en Playas, con organizaciones que brindaban apoyo a personas mexicanas deportadas.

En estos espacios, las interacciones iban más allá de las entrevistas y observaciones formales, e involucraban la convivencia cotidiana y la participación en diversas actividades, como cultos religiosos, círculos de conversación, distribución de alimentos y acciones de apoyo a recién llegados. Fue en estos contextos donde conocí a líderes comunitarios, como un pastor haitiano, un sacerdote que trabajaba en asistencia social, y un pastor mexicano que realizaba cultos bilingües en colaboración con la comunidad haitiana.

En mayo de 2018, fui testigo de la llegada de la primera caravana de migrantes centroamericanos, un episodio que tuvo gran repercusión internacional debido a la política de “tolerancia cero” implementada por el gobierno de Estados Unidos, que resultó en la separación forzada de familias. A partir de entonces, me involucré activamente en las acciones solidarias organizadas por las organizaciones locales de la sociedad civil, participando en la distribución de ropa, alimentos y kits de higiene, y experimentando de cerca las tensiones y desafíos que atraviesan la experiencia migratoria en la frontera.

Realicé actividades con niñas y niños que llegaron con las caravanas, mientras sus padres esperaban su turno para usar los baños cedidos por Espacio Migrante. También fui al campamento en la garita fronteriza para informar que el Espacio Migrante estaba abierto, ofreciendo acceso a duchas, ropa donada y alimentos. Algunos haitianos vinculados a las organizaciones también participaron en estas acciones solidarias. En una de las ocasiones, por ejemplo, preparé una cena junto a un migrante haitiano, con el apoyo de Espacio Migrante, para ofrecerla a los centroamericanos recién llegados.

Este involucramiento me permitió observar con mayor profundidad las interacciones entre los distintos grupos migrantes y comprender la complejidad de las redes de solidaridad y conflicto existentes entre haitianos, centroamericanos y personas de otras nacionalidades. También participé en eventos significativos como la visita de Martin Luther King III al muro fronterizo, ocasión en la que migrantes y representantes de organizaciones civiles debatieron sobre los derechos humanos y la situación de las personas migrantes y negras en Estados Unidos.

Mi vivencia en Tijuana constituyó una experiencia etnográfica inmersiva, en la cual los límites entre investigadora, activista y migrante se volvieron porosos. La ciudad, marcada por flujos transnacionales, relaciones de poder asimétricas y una intensa presencia estatal y militar, se configuró como un campo privilegiado para observar los efectos de las políticas migratorias y las formas de resistencia cotidiana. La práctica etnográfica, en este contexto, exigió una constante negociación entre escucha, presencia y auto-protección –elementos que se entrelazaron de manera compleja con mi experiencia como mujer extranjera e investigadora– en un territorio fronterizo.

La ciudad, punto de encuentro de personas de diversos orígenes y con una fuerte presencia de influencias norteamericanas, se convirtió en un denso espacio de observación para comprender los flujos migratorios y sus implicaciones para las identidades, la pertenencia y la lucha por los derechos. La rutina de investigación, que incluía trabajo de campo, interacciones diarias con migrantes y participación en eventos comunitarios, estuvo marcada por un constante proceso de adaptación: un intento de equilibrar la práctica etnográfica con mi propia condición de mujer inmigrante.

Este tránsito, marcado por desplazamientos físicos, simbólicos y afectivos, evidenció que el campo etnográfico es también un espacio de exposición y riesgo. Al convertirme en parte del paisaje social que yo misma observaba, reconocí cómo las experiencias de inseguridad y vulnerabilidad moldean no solo los datos que recolectamos, sino también la forma en que los vivimos y narramos. Es sobre estos cruces, y los límites entre presencia y autocuidado sobre los que me detengo en la siguiente sección.

Experiencias de violencia e inseguridad en el campo: una reflexión etnográfica

Inicialmente, tenía miedo de no poder entrar en el campo, de no lograr realizar la investigación, de que nadie quisiera hablar conmigo y, cuando me di cuenta, el campo me había absorbido por completo, con todo el dolor y la alegría que eso podía implicar. Después, la dificultad pasó a ser entender qué parte de lo que viví era relevante para la escritura y el análisis etnográfico, considerando que la pregunta inicial de la investigación había quedado atrás en la primera semana de trabajo de campo. Todo me parecía

interesante y me preguntaba: “¿qué debería o no aparecer en la tesis?”. La angustia era no saber qué incluir, reconocer que toda la experiencia vivida no cabía en una tesis.

Durante mis interacciones con los haitianos en Tijuana, observé un patrón de preguntas frecuentes que me hacían. Tanto hombres como mujeres me preguntaban si tenía novio, si estaba sola en la ciudad, si había llegado en avión o por el “camino”, dónde vivía y cuánto pagaba de alquiler. Algunos haitianos con los que tuve contacto justificaban su voluntad de ayudarme por el hecho de que Brasil había ayudado a muchos haitianos. Según esta lógica, yo no necesitaba retribuir, ya que Brasil “ya había hecho mucho por ellos”.

Ser brasileña, durante el trabajo de campo en Tijuana, me ayudó bastante debido a esa identificación y al sentimiento de deuda hacia Brasil, especialmente en la primera etapa de la investigación, cuando la gran mayoría había vivido allí. Pero ser mujer, muchas veces, fue asociado por los haitianos a una sexualidad exacerbada, reflejada, por ejemplo, en comentarios dirigidos a mí como “las mujeres brasileñas son las mejores” o “por tu cuerpo se nota que eres brasileña”. Ser mujer y brasileña, en un contexto predominantemente masculino, me generó varias invitaciones a citas, declaraciones y propuestas de noviazgo a lo largo del trabajo de campo.

Al trabajar con mujeres brasileñas en Europa, Adriana Piscitelli (2008, 2013) muestra cómo las categorías de nacionalidad y género asociadas producen un nuevo significado. Tanto en mi caso, como investigadora mujer y brasileña, como en el caso de las mujeres brasileñas en Europa, el hecho de ser mujer articulado con la nacionalidad brasileña intensifica la sexualización de los cuerpos femeninos. En otro texto, Piscitelli (2017) presenta la movilización online representada por *#queroviajarsozinhasemmedo*, mostrando cómo el hecho de que las mujeres viajen sin la presencia de un hombre ya se configura como una amenaza a su integridad física.

El acoso provino de diversas fuentes: haitianos y otros migrantes durante el trabajo de campo, mexicanos residentes en la ciudad e incluso estadounidenses. Por ejemplo, una vez, un hombre “gringo” me preguntó si tenía novio y cuánto cobraría por salir con él. Este tipo de acoso y las diversas formas de violencia contra las mujeres están presentes en el trabajo de campo y deben considerarse y discutirse como un aspecto importante de la etnografía, ya que a menudo estamos expuestas a situaciones peligrosas. Al estar insertas en contextos machistas y violentos, ser investigadora no garantiza inmunidad ni seguridad.

Fueron muchas las dificultades enfrentadas durante el trabajo de campo, muchas de ellas relacionadas con el hecho de ser mujer realizando investigación en México –un país con altos índices de feminicidio–, además de que Tijuana es una ciudad fronteriza poco segura y mis principales interlocutores eran hombres. Ser mujer y realizar trabajo de campo exige atención y cuidado, que puede ser similar al del día a día, o incluso mayor, ya que estar abierta al diálogo puede ser interpretado como disponibilidad o interés sexual.

Durante mi trabajo de campo, lamentablemente pasé por un momento muy desgradable e incómodo que, después de hablar mucho con mi directora de tesis, decidí que quería compartir. Fui víctima de un intento de violación por parte de dos personas migrantes cuando regresé al campo en 2019. El propósito aquí no es alimentar ningún discurso anti migrante o xenófobo, y aunque no considero relevante mencionar la nacionalidad de los agresores, creo que es importante hablar sobre esta situación, ya que sé que no soy la primera ni seré la última investigadora en pasar por algo así. Lamentablemente, muchas mujeres en trabajos de campo y en otras áreas enfrentan situaciones similares, y es necesario que estos temas sean discutidos y abordados para que las mujeres puedan trabajar con seguridad y se sientan cómodas buscando ayuda y contando con el apoyo de otras personas.

Me tomó dos años poder hablar de esto con mi directora de tesis, porque en mi mente la culpa de que esto sucediera era mía. Fueron dos años sin poder hablar al respecto y sin lograr redactar ni un solo párrafo de la tesis. Para mí, esto solo demostraba que no estaba siendo una buena investigadora, que debería haber tenido más cuidado en el campo. Nunca había leído ni escuchado relatos de algo así en mi vida antes de que me sucediera. Siempre sabemos de casos de violación en torno a las mujeres con mucha más frecuencia de lo que nos gustaría, pero no dentro del trabajo etnográfico.

Como analiza Moreno (2018), la violación sigue siendo un tabú en la antropología, no solo por su contenido sensible, sino porque desafía las normas implícitas de competencia y neutralidad atribuidas al investigador de campo. La autora señala que la disciplina a menudo reproduce una lógica masculinista,

en la que la vulnerabilidad se asocia con la debilidad, generando un silencio sistemático entre las investigadoras que experimentan violencias: "Hay una visión masculina predominante que iguala la vulnerabilidad con la debilidad, lo que hace que muchas mujeres tengan miedo de confrontarla por temor a ser consideradas antropólogas menores" (p. 236). El efecto de este paradigma es doble: deslegitima el sufrimiento como dimensión de la práctica etnográfica y refuerza la exclusión de determinadas experiencias del registro científico. Como también destaca Moreno, "es casi imposible escribir sobre la violación antes de que el trauma esté de alguna forma controlado" (p. 237), evidenciando los límites que el trauma impone a la escritura y al análisis.

En mi caso, la experiencia de la violencia produjo una ruptura profunda en el proceso reflexivo: no solo pospuso la elaboración etnográfica, sino que suspendió la propia posibilidad de narrar. La parálisis fue tanto emocional como epistemológica –señal de un campo todavía poco dispuesto a reconocer que el cuerpo y el sufrimiento de la investigadora también son partes constitutivas de la producción de conocimiento.

La impresión que tenía era que los investigadores, los antropólogos, estaban en un nivel casi divino al que pocas personas podían acceder. Siempre me sentí incapaz de llegar a ese lugar. Y el intento de violación me confirmó esa certeza la certeza de eso. ¿Por qué yo? ¿Por qué me pasó a mí? Si nadie nunca habló sobre esto, seguramente hice algo mal. El sentimiento es parecido al de miles de mujeres que han pasado por ese tipo de experiencias sumado al sentimiento de incompetencia académica y profesional.

La violación, que no es mencionada por los interlocutores al relatar sus propias trayectorias, está presente en la vida de las personas, pero no fue verbalizada por quienes fueron entrevistados. De hecho, los trayectos están marcados por violaciones sexuales de los cuerpos, sin embargo, no fueron mencionadas en ninguna entrevista por la población haitiana. Sí apareció, sin embargo, en relatos de mujeres de otras nacionalidades, cubanas y camerunesas, en un evento de Espacio Migrante donde fui moderadora de una mesa sobre género y migración. El silencio en torno a las violaciones durante los trayectos es tan tabú como para las investigadoras. Yo tampoco quise hablar para no exponerme, para no ser juzgada como mala investigadora, para que mis padres no se sintieran mal.

Como señala Grace Cho (2008), el silencio puede ser una forma de supervivencia: un lenguaje del trauma que se niega a ser expuesto, pero aun así comunica. Como analiza Cho al reflexionar sobre su madre y las mujeres coreanas marcadas por la violencia sexual en la guerra, el trauma a menudo no se transmite a través de narrativas directas, sino a través de gestos, síntomas, omisiones: aquello que "acecha" en lugar de aparecer. Este silencio que cargué era parte del campo, pero también parte de mí, y su elaboración requirió tiempo, escucha y valentía para reconocer que, sí, el silencio también es dato etnográfico.

En el restaurante, me veían como una mujer soltera –condición que, incluso, me impidió ser madrina de boda, después de que el dueño del local manifestara el deseo de invitarme y fuera rápidamente disuadido por el pastor–. También era una soltera que frecuentaba espacios de sociabilidad predominantemente masculinos y que estaba constantemente en conversaciones con hombres. A veces, era sexualizada como "la mujer brasileña"; en otras ocasiones, era percibida como "una periodista" o "una estudiante haciendo trabajo escolar". Lo que causaba extrañeza, para muchos, era el tiempo que pasaba allí. Al principio, no entendían por qué permanecía tantas horas en el lugar; más tarde, querían saber por qué necesitaba irme. En el Espacio Migrante, la lógica era otra: al ser un espacio gestionado y frecuentado por mujeres que también habían hecho trabajo de campo, era reconocida, sobre todo, como otra mujer investigadora.

Frecuentemente, iba a San Diego acompañando a Paulina (directora de Espacio Migrante) u otro miembro del equipo, ya fuera para participar en eventos sobre migración, entregar maletas de ropa a alguien que había logrado cruzar la frontera, o simplemente para pasear. Y cada vez, atravesar la estación migratoria era una experiencia intensa. La frontera se imponía como un portal que define quién tiene derecho, quién posee privilegios, quién "merece" cruzar al "otro lado" y quién no.

En una de esas ocasiones, conversando con Paulina, ella comentó que a veces se siente mal por tener ese "privilegio", el de trabajar con migrantes haitianos y de otras nacionalidades que permanecen en Tijuana justamente porque intentaron cruzar la frontera y no lo lograron. Al fin y al cabo, trabajar con movilidad también es trabajar con la inmovilidad en toda su complejidad, sea esta forzada o no.

Reflexionando sobre esas experiencias, me percaté de cómo y cuánto el campo me atravesaba con sentimientos ambiguos y muchas veces incómodos. Existía la culpa por poseer el “privilegio” de cruzar la frontera con relativa facilidad, en contraste con la inmovilidad forzada que vivían tantas personas con las que conviví. Al mismo tiempo, sentía una tristeza profunda ante los relatos de supervivencia, las pérdidas y las violencias que atravesaban los cuerpos en tránsito. A todo eso se sumaba una rabia creciente por la brutal selectividad de las políticas migratorias, la indiferencia de los Estados y la naturalización del sufrimiento de ciertos grupos.

Estos sentimientos coexistían y, a veces, se anulaban o se superponían: me sentía agradecida por poder circular y, al mismo tiempo, avergonzada por ello. Me sentía conmovida por las historias y, al mismo tiempo, impotente ante ellas. El trabajo de campo, en ese sentido, no solo producía datos, sino que provocaba sacudidas internas que ponían en jaque mi posición como investigadora, mujer y extranjera. Reconocer estas contradicciones –sin intentar resolverlas– se volvió una parte fundamental del proceso etnográfico, exigiendo una escucha orientada hacia el otro, sino también hacia los afectos que emergían en mí.

Comencé a escribir sobre mis sentimientos después de un sueño que tuve unos días tras escuchar el primer relato sobre el “camino” desde Brasil hasta México. Soñé que yo misma recorría el trayecto hecho por los haitianos, buscaba algo para comer y no encontraba nada. Las historias escuchadas, sumadas a las imágenes de las chozas improvisadas en la selva que un interlocutor me mostró en su celular, fueron suficientes para que me viera dentro de ellas, en el sueño. Me desperté mal, llorando, con falta de aire y con el cuerpo atravesado por una angustia difícil de nombrar.

Lo que emergía era un sentimiento de rabia, rabia por la forma en que los países manejan los procesos migratorios, especialmente con ciertos grupos racializados y empobrecidos, cuyos cuerpos son sistemáticamente expuestos a la precariedad y al riesgo. Rabia por saber que, para tantas personas, la movilidad ocurre de forma violenta e insegura: días atravesando selvas, cruzando ríos, negociando con “coyotes” y policías, enfrentando hambre, miedo y agotamiento. Un trauma físico y emocional profundo, que no termina con la llegada al destino, sino que se inscribe en los cuerpos y en las narrativas.

Es importante reconocer estos sentimientos y trabajar con ellos, para evitar que afecten nuestra capacidad de comprender y conectarnos con las personas con las que trabajamos. Sentir culpa por tener privilegios puede ser una señal de una conciencia crítica y sensible a las desigualdades existentes en nuestra sociedad, pero es fundamental no dejarnos paralizar por ese sentimiento y buscar formas de actuar en favor de una sociedad más justa e igualitaria. Del mismo modo, sentir tristeza y rabia puede ser una respuesta natural y saludable frente a situaciones de injusticia, pero es necesario encontrar maneras de canalizar esas emociones de forma constructiva, ya sea a través de la acción política, del diálogo con otras personas o del compromiso con proyectos sociales. Reconocer nuestros sentimientos y trabajar con ellos no significa perder de vista el objetivo mayor de nuestro trabajo de campo, que es comprender, analizar y contribuir a la transformación de la realidad en la que vivimos.

¿Y cómo lidiar con estos relatos? ¿Cómo enfrentarse a estas situaciones, sabiendo que afectarse emocionalmente también forma parte del trabajo etnográfico? Empecé a registrar todo, si no podía escribirlo en el diario de campo, lo grababa en la grabadora. Era importante exteriorizarlo, transformar toda esa emoción en palabras, identificar los sentimientos para poder comprender objetivamente lo que estaba ocurriendo al nombrarlos. Es una forma de dar nombre a emociones que aparecen de forma confusa, en un primer momento. Para, más adelante, poder mirarlas con más calma, una vez fuera del campo.

Afrontar estos relatos puede representar un desafío profundo para quien hace etnografía, ya que las historias y experiencias compartidas suelen afectar emocionalmente a la persona investigadora. La empatía y la sensibilidad no solo son cualidades fundamentales en el trabajo etnográfico, sino que también exigen estrategias conscientes para gestionar las emociones que emergen en el campo. En este sentido, el diario de campo no se limita a ser una herramienta de recolección de datos, sino que también se convierte en un espacio íntimo para registrar sensaciones, impresiones y reflexiones que atraviesan el proceso investigativo. Asimismo, compartir estos sentimientos con otras personas –especialmente quienes también están inmersas en contextos similares– puede brindar apoyo emocional y abrir nuevas perspectivas analíticas.

Gloria Anzaldúa (2002) propone que escribir “desde la herida” es un acto de resistencia y sanación, mediante el cual el dolor se transforma en agencia y conocimiento. Nos recuerda que el sufrimiento puede

reconfigurarse a través de la escritura, produciendo saberes que emergen del cuerpo y de la subjetividad. Narrar esas heridas –tanto individuales como colectivas– no solo fortalece la etnografía, sino que también desafía las normas académicas que suelen invisibilizar la corporalidad de la investigadora y los procesos afectivos que intervienen en la producción del conocimiento. En este marco, la vulnerabilidad no se presenta como una debilidad, sino como una potencia epistemológica que permite imaginar una práctica etnográfica más reflexiva, ética y transformadora.

A partir de las experiencias corporales, emocionales y violentas compartidas por personas migrantes –en especial mujeres que enfrentaron violencia durante sus trayectos–, fue posible comprender de forma más profunda las múltiples capas y resignificaciones de la violencia que atraviesan el campo. Escuchar, registrar y expresar estas vivencias, aun cuando resultaran emocionalmente desestabilizadoras, se volvió una parte inseparable del trabajo etnográfico. Relatar estas experiencias a través del diario de campo o de grabaciones de voz me permitió dar forma a emociones inicialmente confusas, y al nombrarlas, comenzar a comprender lo que ocurría. Esta práctica fue clave para procesar lo vivido y construir una mirada más cuidadosa una vez fuera del contexto inmediato. Además, el diálogo con otras investigadoras que compartían ese entorno ofreció contención afectiva y nuevas claves de lectura, ampliando mi comprensión tanto de mis propias experiencias como de las de las personas migrantes con quienes conviví.

Transformando la experiencia en conocimiento crítico

Las experiencias vividas en el campo –marcadas por acosos, inseguridad y por la tentativa de violación– sacudieron profundamente mi percepción de mí misma como investigadora. Durante mucho tiempo, creí que esos episodios invalidaban mi capacidad analítica. Hoy comprendo que es precisamente a través de ellos que pude cuestionar qué significa ser etnógrafo en contextos atravesados por la violencia. Estos eventos no solo impactaron la logística de la investigación, sino que exigieron una reelaboración constante de los afectos, de la presencia en el campo y de la propia escritura etnográfica.

La producción de conocimiento, en este contexto, pasa por la elaboración del dolor. No se trata de maquillar el sufrimiento, sino de reconocer que este informa, atraviesa y transforma el análisis. La violencia vivida en el cuerpo de la investigadora se convierte, al ser nombrada, en una crítica epistemológica. El silencio en torno a las violaciones sufridas por personas migrantes –y por investigadoras– revela los límites de lo que tradicionalmente se considera “dato”. Aquello que no se dice, lo que no puede ser nombrado por miedo, vergüenza o inseguridad, también constituye la realidad social que buscamos comprender.

Al escuchar historias de mujeres que sobrevivieron a trayectos marcadas por múltiples formas de violencia, fui atravesada por sentimientos contradictorios: impotencia, rabia, tristeza, culpa, y, a veces, privilegio. Sentimientos que, lejos de ser efectos colaterales de la investigación, son parte constitutiva del saber producido. Como afirma Das (2007), el trauma y el dolor no son elementos externos a la vida social, sino centrales para su comprensión. La etnografía, en ese sentido, es también una forma de testimonio.

Escribir después de haber vivido el trabajo de campo de esta manera fue un ejercicio de reconstrucción. Al nombrar lo que ocurrió, fui también reconstruyendo mi lugar como investigadora. El diario de campo, antes centrado en descripciones y notas metodológicas, se transformó en un espacio de elaboración subjetiva. Las conversaciones tardías con mi directora, el compartir con otras investigadoras y el gesto de transformar el trauma en texto se revelaron no como formas de “superación”, sino como prácticas políticas y epistemológicas.

La reflexión sobre los privilegios –de circulación, de acceso, de nacionalidad– surgió junto con la toma de conciencia de la vulnerabilidad. La frontera, vivida como una línea concreta, legal y afectiva, separa no solo países, sino cuerpos que tienen o no el derecho a moverse, a existir, a ser escuchados. Como investigadora, cruzar esa frontera fue también experimentar el lugar intermedio: entre observar y ser observada, entre analizar y ser afectada. Esa experiencia liminar –entre la pertenencia y la exclusión, entre el privilegio y la exposición– exige que repensem los condiciones en las que se produce el conocimiento y las formas de cuidado necesarias para sostener la práctica etnográfica. En ese sentido, Hernández (2021; contribución de la autora en este monográfico) propone tres ejes fundamentales para enfrentar los efectos de la violencia en la investigación.

El primero, es la construcción de comunidades emocionales y de conocimiento dentro de la academia. Las investigadoras no están inmunes a las violencias que afectan a sus interlocutores, el simple hecho de estar expuestas a un peligro latente ya constituye una forma de violencia. Reconocer los miedos,

compartirlos y buscar estrategias colectivas de cuidado es esencial. La construcción de comunidades emocionales implica prácticas de escucha, empatía y sororidad que permitan resistir al impacto cotidiano de la violencia y romper con la soledad que muchas veces marca la experiencia de campo.

El segundo eje se refiere a la representación y a la sanación frente al dolor propio y ajeno. Hernández argumenta que verbalizar el trauma puede ser un paso importante para resignificarlo, siempre que ello ocurra en contextos seguros y acogedores. La escritura, en ese sentido, puede ser una herramienta de elaboración y resistencia, pero también debe ir acompañada de prácticas de cuidado que vayan más allá del lenguaje: el cuerpo guarda memorias, sensaciones y huellas que no siempre pueden traducirse en palabras. Prácticas de escucha colectiva, talleres de cuidado o incluso momentos de intercambio entre investigadoras se vuelven fundamentales para tratar esas heridas que se inscriben de forma silenciosa y persistente.

El tercer eje señala la necesidad de reconstruir analíticamente los vínculos entre violencias extremas y estructurales. Hernández destaca que las violencias vividas por investigadoras e interlocutores están insertas en un sistema global de militarización, desigualdad y necropolítica, sostenido por intereses económicos, circuitos armamentistas y regímenes migratorios selectivos. Aunque el enfoque de su análisis sea el contexto mexicano, sus observaciones también iluminan otras realidades marcadas por colonialidades persistentes, como el caso de Brasil y de otros países de América Latina, donde la violencia de género y la desigualdad racial atraviesan profundamente tanto las trayectorias migrantes como las experiencias de investigación.

Aunque Hernández trata de contextos marcados por violaciones extremas, sus propuestas son igualmente relevantes para otras configuraciones de campo, incluso aquellas en las que la violencia aparece de forma difusa, simbólica o cotidiana. Incluso en espacios que no figuran entre los más peligrosos estadísticamente, es fundamental reconocer y cuidar las dimensiones emocionales de la investigación. Antropólogas, sociólogas e investigadoras de distintas áreas deben tener acceso a espacios de escucha, debate y sanación. La universidad –especialmente donde ya existen grupos y colectivos de estudios de género, sexualidades y feminismos– necesita asumir este compromiso como parte de sus responsabilidades éticas y pedagógicas. Como nos recuerdan las teorías feministas, estas discusiones no deben ser exclusivas de las mujeres: la violencia afecta a todas las personas, y los hombres también viven situaciones de vulneración y exposición. Por lo tanto, pensar el cuidado en el campo es un compromiso ético y colectivo.

Considerando que la etnografía es, ante todo, un ejercicio de escucha, presencia y entrega, cuando el campo se convierte en un lugar de riesgo –ya sea físico, emocional o simbólico–, la práctica etnográfica exige algo más que métodos y teorías: exige sobrevivencia, elaboración y, sobre todo, coraje para reconocer que el conocimiento no nace de la neutralidad, sino de la implicación.

Es necesario defender, con urgencia, que el campo etnográfico es también un espacio de riesgo y que estos riesgos deben tomarse en serio en la formación, orientación y prácticas de la antropología. La noción clásica de objetividad cede lugar, aquí, a una etnografía comprometida, encarnada y sensible, que reconoce los cuerpos –generizados, racializados, sexualizados– como lugares legítimos y productivos de saber. Como afirma Moreno (2018, p. 262), “en campo, la falsa división de tiempo y espacio entre el ‘profesional’ y el ‘privado’ subyacente a la identidad neutra del antropólogo colapsa completamente.” La pretensa neutralidad del investigador se desvanece frente a la realidad de interacciones marcadas por género, clase, raza y sexualidad. “No es posible ser ‘antropólogo’ sin marcas. En campo, las personas están marcadas”, continúa la autora, recordando que la violencia sexual, por ejemplo, no distingue entre los ámbitos público y privado, afectando a la investigadora tanto en su “ser profesional” como en su “ser privado”. Retomar este análisis es esencial para desmontar la ficción del investigador no implicado y reconocer que nuestros cuerpos, experiencias y afectos no solo nos acompañan en el campo, son el propio campo.

Como también señala Moreno (2018, p. 262), “un aspecto central de la vida académica es la negación del género en el trabajo. Esto significa que se espera que estuditemos, administremos, escribamos y enseñemos como si el género no importara.” Pero importa –y mucho–. Aunque la teoría de género ocupe un lugar destacado en los currículos y debates académicos, en la práctica etnográfica el cuerpo de la investigadora sigue siendo dejado de lado, especialmente cuando está atravesado por experiencias de violencia. Se habla mucho del cuerpo como herramienta metodológica, como propone Loïc Wacquant al

convertirse en boxeador para comprender la lógica de ese universo, pero se reflexiona poco sobre cómo ese cuerpo es percibido, autorizado o silenciado a partir de sus marcaciones de género, raza y sexualidad. Lo que está en juego no es solo la presencia física del investigador en el campo, sino los sentidos sociales atribuidos a esa presencia.

A menudo existe una fantasía de inmunidad: se supone que ciertas violencias no ocurrirían al investigador, o que determinados contextos serían “demasiado seguros” para que exista el riesgo. Esta suposición es tanto ingenua como peligrosa. Transformar la experiencia en conocimiento crítico, por tanto, no es una opción metodológica periférica, sino una necesidad ética y política. Es reconocer que la etnografía no se hace a pesar del dolor, sino también a través de él – cuando ese dolor es nombrado, reflexionado y compartido como parte constitutiva del análisis. El campo no termina cuando salimos de él: continúa atravesándonos, moldeando nuestra escucha, nuestra escritura, nuestra forma de habitar el mundo.

Consideraciones finales

A lo largo de este capítulo, destaqué cómo las experiencias vividas en el campo etnográfico en Tijuana desafiaron las prácticas y conceptos tradicionales de la etnografía, especialmente en lo que respecta a la violencia y la inseguridad. La reflexión sobre el cuerpo y los afectos como investigadora resultó fundamental para repensar metodologías y profundizar la comprensión del proceso etnográfico.

Es imprescindible que la violencia –en sus múltiples manifestaciones– se integre a las discusiones metodológicas sobre etnografía. Más que un tema de investigación, la violencia constituye un elemento central de la práctica etnográfica, exigiendo el desarrollo de estrategias eficaces de seguridad, autocuidado y apoyo emocional para investigadoras e investigadores, sobre todo en contextos de vulnerabilidad. En este sentido, la construcción de un cuidado colectivo, como señala Hernández (2021), debe ser una prioridad dentro del ámbito académico, no solo en situaciones extremas, sino en todas las modalidades de trabajo de campo, reconociendo las diversas formas de violencia que afectan cuerpos y mentes.

En el futuro, las prácticas etnográficas deben incorporar una mayor conciencia de las dimensiones emocionales del trabajo de campo, mediante la implementación de protocolos que garanticen el bienestar de las investigadoras y las comunidades con las que interactúan. La creación de espacios de acogida, hermandad y apoyo mutuo, inspirados por las feministas latinoamericanas, es esencial para que el trabajo de campo deje de ser una mera actividad intelectual y se convierta en un proceso ético, humano y solidario que respete a todas las personas involucradas.

En resumen, la etnografía contemporánea debe avanzar hacia un enfoque más holístico, capaz de abarcar la diversidad de experiencias y reconocer la violencia como parte inseparable del proceso de investigación. Solo así será posible construir una práctica de campo verdaderamente consciente, ética y solidaria.

Bibliografía

- Alarcón, R., Ortiz, C. (2017). Nota crítica: Los haitianos solicitantes de asilo a Estados Unidos y su paso por Tijuana. *Frontera Norte*, 29(58), 171-179. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-73722017000200171&lng=es&t1lng=es.
- Anzaldúa, G. (2007). *Borderlands: The new mestiza. La frontera*. Aunt Lute Books.
- Brownmiller, S. (1975). *Against Our Will: Men, Women and Rape*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Cho, G. M. (2008). *Haunting the Korean diaspora: Shame, secrecy, and the forgotten war*. University of Minnesota Press.
- Das, V. (2007). *Life and words: Violence and the descent into the ordinary*. University of California Press.
- Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures: Selected essays*. Basic Books.
- Hernández Castillo, R. A. (2021). Etnografía feminista en contextos de múltiples violencias. *Alteridades*, (62). <https://doi.org/10.24275/uam/izt/dcsh/alteridades/2021v31n62/Hernandez>
- Larrea-Killinger, C., y Pérez Galán, B. (2021). Cuerpos y emociones silenciadas en etnografía. In Á. Pazos (Coord.), *Éticas y políticas de las antropologías: XV Congreso Antropología ASAEE*. Resúmenes y ponencias, 1, 2 y 3 de febrero de 2021 (pp. 374–382). <https://asaee-antropologia.org/congresos/xv-congreso-de-antropologia/actas/#lunes1>
- Moreno, E. (2018). Estupro em campo: reflexões de uma sobrevivente. *Cadernos de Campo*, 26(1), 235-265. <https://doi.org/10.11606/issn.2316-9133.v26i1p235-265>

- París, D. (coord.). (2018). *Migrantes haitianos y centroamericanos en Tijuana, Baja California, 2016-2017. Políticas gubernamentales y acciones de la sociedad civil*. Tijuana, México: CNHD.
- Piscitelli, A. (2002). Recriando a (categoria) mulher? In: Algranti, L. (Org.). *A prática feminista e o conceito de gênero. Textos Didáticos*, 48, 7-42. Campinas: IFCH/Unicamp.
- Piscitelli, A. (2008). Interseccionalidade, categorias de articulação e experiências de migrantes brasileiras. *Sociedade e Cultura*, 11(2). <https://doi.org/10.5216/sec.v11i2.5247>
- Piscitelli, A. (2013). *Trânsitos: Brasileiras nos mercados transnacionais do sexo*. Rio de Janeiro: CLAM/EdUerj.
- Piscitelli, A. (2017). “#queroviarjarozinhaseemedo”: novos registros das articulações entre gênero, sexualidade e violência no Brasil. *Cadernos Pagu*, 1(50). <https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/cadpagu/article/view/8650729>.
- Shulist, S.; Mulla, S. (2022). Toward an Anthropology of Sexual Harassment and Power: Myth, Ritual, and Fieldwork. *American Anthropologist* website, July 11. <https://www.americananthropologist.org/online-content/toward-an-anthropology-of-sexual-harassment-and-power>
- Wacquant, L. (2002). *Corpo e alma: notas etnográficas*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.

